

El presente artículo revisa algunos conceptos que ayudarán a esclarecer en qué medida la modernidad es una categoría histórica y examina el concepto de modernidad en relación con la investigación histórica de las ciudades.

Dado que el tema de la modernidad ha sido tratado extensamente por diversos autores y desde ámbitos muy distintos, lo que nos proponemos en este trabajo es subrayar la importancia de dos conceptos: movilidad y restricción, los cuales aglutinan

muchos de los aspectos básicos de orden social e individual, revisados por ellos. En efecto, sostenemos que la importancia de estos dos conceptos radica en que su aparición durante el siglo XIX contribuyó a definir este siglo como moderno.

De esta manera, el orden del trabajo intenta ser muy directo: la primera parte trata sobre la movilidad y su relación con los fenómenos sociales ocurridos en diversos momentos del siglo XIX; la segunda identifica el concepto de restricción como la respuesta sintomática del individuo de ese periodo, en reacción con la movilidad; la tercera cita algunos hechos urbanos y arquitectónicos sobresalientes ocurridos en tres ciudades emblemáticas del momento: París, San Petersburgo y Londres, que lo mismo propician la conformación de

estos fenómenos, que a su vez inciden en su propio desarrollo.

Con la intención de llevar nuestros planteamientos al campo de las imágenes, cada sección ilustra gráficamente uno o varios aspectos de lo discutido con un breve análisis de una pintura de la época.

LA SOCIEDAD

Si pudiésemos sintetizar la importancia histórica del siglo XIX en relación con la modernidad, tendríamos forzosamente que incluir los conceptos de cambio, rapidez e intensidad, incluso ambigüedad, vorágine e ironía, entre ellas. Aparentemente existen conceptos aplicables a la historia del siglo XIX que tuvieron vigencia en tiempos anteriores. En efecto, el concepto mismo de modernidad, por ejemplo, ha sido aplicado por los historiadores de varias especialidades a épocas muy anteriores a ese periodo. Pero lo que resulta innegable es que, durante el XIX, se presentaron cambios en muchas esferas de una manera intensa, tanto cuantitativa como cualitativamente, nunca antes vistos. Esta afirmación resulta especialmente cierta si se piensa en periodos anteriores cuya singularidad está representada por la inmovilidad y el continuismo, por ejemplo, la Baja Edad Media.

Por supuesto que lo anterior no fue aplicable a la población del planeta en su conjunto, aunque fue durante el siglo XIX cuando el proceso de globalización, concepto tan en boga hoy en día, comenzó a tomar gran fuerza. Pero si limitamos la aplica-

Movilidad y restricción

Reflexiones en torno a la modernidad

LEONARDO MERAZ QUINTANA
DEPARTAMENTO DE SÍNTESIS CREATIVA
UAM-XOCHIMILCO
E-mail: MerazLeonardo@aol.com

Palabras clave:
expansión urbana
vida cotidiana
consumo

Keywords:
urban expansion
daily life
consumption

Resumen

Se revisan algunos conceptos que pueden esclarecer en qué medida la modernidad es una categoría histórica y busca revisar el concepto de modernidad en relación con la investigación histórica de las ciudades. El tema de la modernidad ha sido tratado extensamente por diversos autores y desde ámbitos muy distintos, en este trabajo se subraya la importancia de dos conceptos: movilidad y restricción, los cuales aglutinan aspectos básicos de orden social e individual, y su importancia radica en que su aparición durante el siglo XIX contribuyó a definirlo como moderno.

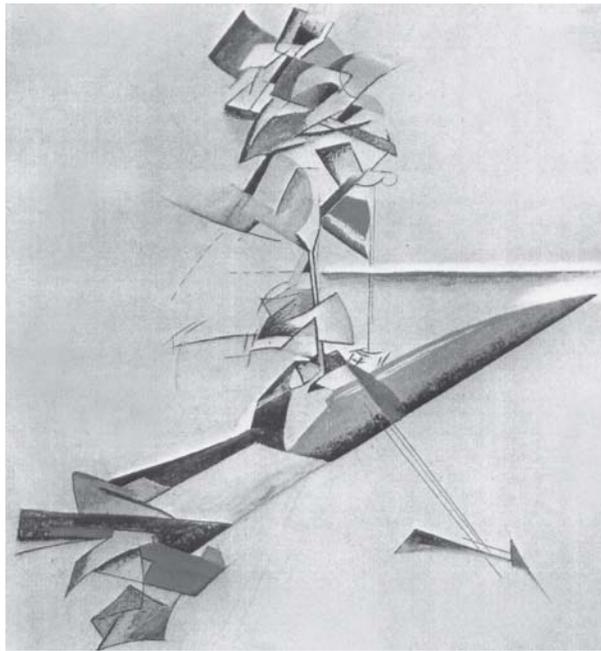
Abstract

Some concepts that can clarify the extent of modernity as an historic category are revised, as well as the modernity concept related to historical urban research. The modernity theme has been extensively treated by diverse authors and from very different spheres. In this article it is outlined the importance of two concepts: mobility and restriction. They group basic aspects of social and individual order, and its importance rests in its contribution to define the XIX Century as a modern one.

ción de estos conceptos al mundo occidental y más industrializado de aquel momento encontramos que, durante ese siglo, una serie de acontecimientos se encadenaron para producir estos cambios en forma acelerada. Así, tenemos que los adelantos científicos y tecnológicos repercuten en la industrialización de la producción, que a su vez permite el mejoramiento del nivel de vida de mayores sectores de la población, aunque no de todos. Esto a su vez produce que la población misma crezca y se imponga un cambio numérico en las ciudades, cuya gran concentración hubiese sido inimaginable en tiempos anteriores. Surge la migración del campo a la ciudad, crece la pobreza y se agudiza la desigualdad, al tiempo que en el paisaje de muchas ciudades aparecen violentamente las máquinas de vapor, las fábricas, las vías férreas, y las zonas industriales junto con nuevas vías donde el tráfico es intenso, como signos triunfantes de una economía capitalista.

En su amplio estudio sobre la modernidad, Marshall Berman menciona tres fases de su desarrollo. La primera abarca el periodo comprendido entre los siglos XVI y XVIII, en el que las personas comienzan a experimentar la vida moderna; la segunda se inicia con la gran ola de la década revolucionaria de 1790 y se extiende durante el siglo XIX; en esta fase se producen insurrecciones explosivas y el público recuerda (con nostalgia) lo que es vivir en mundos no modernos; la tercera, por lo tanto, recae en el siglo XX que es el periodo en que se presenta la expansión de la modernidad que abarca todo el mundo y la cultura, consiguiendo triunfos espectaculares (Berman, 1982, 2-3). Como se observa, es en el siglo XIX cuando se da ese punto de inflexión, en el cual se encuentra violentamente el pasado con un vertiginoso presente, en el que la modernidad se manifiesta plenamente.

Berman propone tres consecuencias conceptuales de este periodo de cambio, que en gran medida aún tienen vigencia: la ensoñación nostálgica, la introspección psicoanalítica y la democracia participativa (1982, 3). En la siguiente sección de este escrito veremos cómo las dos primeras repercutieron más dentro del orden personal y cultural, analizaremos cómo estas consecuencias promovieron en el individuo una conducta restrictiva. La tercera se situó más dentro del orden político económico y, por lo tanto, social. Es dentro de esta perspectiva, la social, que proponemos un primer concepto: la movilidad.



Composición, pintura de Alexander Rodchenko, 1917. Imagen tomada de Wydawnictwa artystyczne y filmowe: Rodczenko, Waerszawa, 1981, 38. Esta pintura simboliza los efectos de movilidad y desintegración como categorías de lo moderno.

Pensamos que con este término se sintetizan mejor esos cambios ocurridos en la economía y la política, así como sus consecuencias sociales. Por una parte, el sistema capitalista, entonces en plena expansión, basa sus principios en la movilidad constante del dinero y su eterna carrera contra el tiempo: *time is money*. Por otra, el anhelo de democracia, premisa inherente de una sociedad moderna que desde entonces hizo su aparición, demandaba la participación y la movilidad de amplios sectores de la sociedad. Estos cambios se vieron, además, materialmente complementados con la gran movilidad o ajetreo urbano, producto de la aglomeración y la industrialización. No es únicamente simbólico que el tren a vapor sea la imagen representativa de la época: éste y otros medios de comunicación proporcionaron unas posibilidades de desplazamiento y contacto, de movilidad, con una rapidez nunca antes imaginada.

La máxima marxista de "todo lo sólido se desvanece en el aire", que Berman utiliza como título de su libro sobre la modernidad, hace alusión a esa movilidad que caracterizó la historia del siglo XIX. Es a través de esta metáfora que Berman relaciona los diversos factores a los cuales hemos hecho referencia, es decir, los económicos, los políticos y los culturales. Basado en el siguiente extracto del *Manifiesto Comunista*, este autor sitúa a la burguesía como el grupo social que promueve estos cambios. Veámos:

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de la producción, y con ello todas las condiciones sociales (...) Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un *movimiento*¹ constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores.

Berman sostiene que esta es la visión definitiva del entorno moderno, y continúa la cita:

Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profano, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas (1982, 7).

Es así que paradójicamente la burguesía, como Berman nos señala, es el personaje heroico del mundo moderno del siglo XIX, con su espíritu revolucionario moderno que mueve el gran engranaje social.

Cabría aquí hacer énfasis en que la expresión "todo lo sólido...", de acuerdo con este autor, hace alusión a la condición primordial de la economía y cultura burguesas, en la que los principios que guían a la sociedad no son constantes, y todo lo válido en un momento dado tiende a desaparecer, a desvanecerse en cualquier instante, para iniciarse nuevamente y volver a desvanecerse. Por lo tanto, dentro de este movimiento acelerado, este torbellino, sus protagonistas, los burgueses mismos, tienden a la autodestrucción como parte necesaria de un ciclo de movimiento perpetuo que Berman identifica como rasgo fundamental de la modernidad.

Para ilustrar esta hipótesis, y otras interesantes propuestas en torno a tal concepto, Berman dedica una amplia sección de su libro *Todo lo sólido...* a explicar el simbolismo implícito entre el *Fausto* de Goethe y la historia del siglo XIX. Berman nos hace notar la similitud entre la trama y los personajes (especialmente Fausto) y los acontecimientos y forma de pensar de una buena parte de este periodo. No se trata de una relación simple, ni de un trabajo de análisis lineal. El desciframiento que hace Berman del contenido de esta obra incluye tanto los simbolismos profundos como los hechos his-

¹ Cursivas del autor.

tóricos más concretos de ese siglo. El vender el alma al diablo, por ejemplo, es una metáfora que se relaciona con el desarrollismo y el precio que debe pagar el individuo por su bienestar, más que un simple relato moral y religioso como generalmente se le identifica. Rebasaría con mucho los alcances de este escrito intentar exponer los conceptos más generales de la teoría fáustica de Marshall Berman.² Citemos mejor, como ejemplo, las propias palabras del autor en relación a Fausto en su tercera faceta, la que denomina desarrollista:

El héroe de Goethe es heroico porque libera enormes energías humanas reprimidas, no sólo en sí mismo, sino en todos aquellos a los que toca, y finalmente en toda la sociedad que lo rodea. Pero los grandes desarrollos que inicia –intelectual, moral, económico, social– terminan por exigir grandes costes humanos. Aquí reside el significado de la relación de Fausto con el diablo: los poderes humanos sólo pueden desarrollarse mediante lo que Marx llamaba “las potencias infernales”, las oscuras y pavorosas energías que pueden entrar en erupción con una fuerza más allá de todo control humano. El Fausto de Goethe es la primera tragedia del desarrollo y sigue siendo la mejor

Sería conveniente insistir, finalmente, en las imágenes recurrentes de movilidad que están presentes casi siempre que se plantea la tarea de describir los sucesos que caracterizan al siglo XIX, a saber: el torbellino, las fuerzas diabólicas desatadas, el cambio vertiginoso, la máquina a toda velocidad, entre otras.

Volveremos a Berman en la tercera parte de este escrito, pues también extiende su interpretación fáustica de la historia y el urbanismo del siglo XIX, como de hecho también lo hace para la del siglo XX.

² Berman propone tres fases de comportamiento para el personaje de Fausto, que coinciden con las partes de la obra de Goethe. La primera la denomina *El Soñador*, en términos muy generales se refiere a la necesidad de Fausto por cambiar su vida y mejorar el mundo; la segunda sería *El Amante*, y trata sobre la trágica relación de Fausto con Margarita. De alguna forma, ¿podríamos relacionar estas dos partes con los cambios en las maneras de pensar del individuo decimonónico? Por último, llama a la tercera parte del Fausto *El Desarrollista*, la cual aparentemente no es tan conocida como las otras dos. Es en esta fase que Berman aplica su teoría de la metáfora fáustica más directamente a lo social y lo urbano; el progreso social y el crecimiento y la riqueza de la gran urbe tienen un precio.

Como intermedio dedicado al arte, antes de pasar a la sección sobre el individuo, concluimos esta sección con unos breves comentarios sobre la ilustración que la precede. Se trata del cuadro *La muerte de Marat*, del mexicano Santiago Rebull, pintado en 1875. Además de que esta imagen nos remite a los inicios de la segunda fase de la modernidad sugeridos por Berman, la fase de insurrecciones explosivas –en este caso la de la revolución francesa–, es necesario remarcar la interesante vigencia de un tema como lo es la muerte de Marat, que pensaríamos remoto y ajeno, en la plástica mexicana del momento.

No sólo impacta este cuadro por su calidad. A diferencia del cuadro de David de 1793, en esta versión mexicana se aprecia un espacio mayor del cuarto de baño donde ocurre la acción; espacio igualmente lúgubre pero menos vacío, en la que el escritorio de Marat ¡es un tronco! Otra diferencia notable es la inclusión de la agresora, inmediatamente después de cometer su crimen, con la indumentaria revolucionaria, añadiendo de esta manera tintes románticos y modernos a la escena.

EL INDIVIDUO

Los cambios económicos, culturales y sociales ocurridos a lo largo del siglo XIX

produjeron cambios en la percepción del individuo sobre su persona. De hecho, las maneras en las que el individuo pensaba y actuaba en relación consigo mismo fueron un rasgo de la modernidad propia de este periodo, que no tuvo precedente. Esta nueva percepción tenía como rasgo fundamental la toma de conciencia del ser, de la necesidad de definir la forma de llevar la propia vida y ser consecuentes con ello. Es quizá, durante este periodo de cambios acelerados ya mencionados con anterioridad, que surge la individualidad, que se manifiesta de varias maneras, pero sobre todo crea en la persona una necesidad de intimidad, de apartamiento, en una palabra: de restricción. Y esto resulta paradójico, si pensamos que fue durante el siglo XIX que las ciudades registraron una explosión demográfica sin precedentes. Por otra parte, se podría suponer que esta misma explosión, esta concentración de individuos en un mismo espacio, puede ser la causante de tal actitud.

Para los sectores medios, o de un nivel de educación alto y generalmente urbanos, contemporáneos, esta necesidad de restricción se presenta como rasgo intrínseco sobre el que ni siquiera se cuestionan sus aspectos negativos. En general, nos gusta apartarnos en nuestra casa y tener el menor contacto posible con los demás, incluso al salir



La muerte de Marat, Santiago Rebull, 1875, Imagen tomada de Cuarenta siglos de arte mexicano, Herrero, México, 1981, 37.

de nuestro ámbito cotidiano estamos dispuestos a pagar por mantener una privacidad, una intimidad. Pero hacia el siglo XIX esta actitud resultó una característica nueva con consecuencias ambivalentes. Entre otras, en el modo de concebir la arquitectura y la formación de la ciudad, como veremos en la sección dedicada a la urbe.

Podríamos citar, sin pretender agotar la cuestión, otras causas que influyeron en la aparición de la individualidad y su secuela como necesidad de restricción: en el ámbito político tenemos los procesos libertadores que se venían gestando desde el siglo anterior, y que en gran medida dieron un poder al individuo como partícipe del proceso de gobernar. Por otra parte, la economía hizo posible la acelerada producción de bienes que propiciaron la materialización de esta restricción y que también mejoraron la calidad de vida de grandes sectores de la población, promovieron su educación y proporcionaron tiempo para la introspección moral, religiosa y sexual, que necesariamente tuvieron su complemento en el comportamiento social.

Aunque la restricción conlleva también un significado negativo, y éste se hizo presente en esta época de varias maneras. Ya hemos hecho alusión a la metáfora fáustica en la sección anterior, desarrollada por Berman en relación con la modernidad y su significado diabólico. En esta sección propusimos la movilidad como el concepto que mejor aglutina los fenómenos que convirtieron al siglo XIX en el siglo de lo moderno. Proponemos ahora la restricción como la respuesta del habitante de ese periodo a los cambios impuestos por la violencia del desarrollismo, para protegerse, como reacción natural. Berman, por ejemplo, detecta que junto con el deseo de cambiar —de transformarse y transformar el mundo—, se presenta un miedo a la desorientación y a la desintegración (1982). Recordemos que todo lo que es sólido se desintegra. Para este autor las posibilidades de cambio en este siglo se presentan tanto gloriosas como ominosas (1982, 9).

Si consideramos la gran presión resultante de los numerosos cambios políticos, tecnológicos y sociales, aunados a la extrema y deshumanizante explotación laboral que abarcaba a las masas obreras y otros grupos reunidos en las grandes ciudades, es decir dentro del torbellino de la movilidad, no es difícil entonces imaginar el desajuste emocional causado en el individuo y la angustia existencial que experimentaba, empujándolo a recluirse. Esta angustia y necesidad moderna de apartarse produjeron, paradójicamente, una nostalgia y recuperación del pasado que dieron pie a un amplio movimiento artístico: el Romanticismo.

En su entretenido, y generosamente documentado ensayo, *Entre bastidores*, Alain Corbin (1989, 115-316) nos detalla las diversas maneras en que estos sentimientos de individualidad y restricción se manifestaron. Este es un estudio monográfico de la Francia del siglo XIX, en el que de acuerdo con el prologuista:

...en la época en que se amplifican los movimientos de masas, el individuo se afirma como un valor político, científico y sobre todo existencial. Alain Corbin nos invita a este prodigioso descubrimiento de sí mismo por sí mismo, generador de nuevas vinculaciones con los otros. Ya es tiempo de penetrar entre los bastidores del teatro donde se representa la intriga esencial (Corbin, 1989). Intriga en la que el autor analiza de manera especialmente interesante conceptos tan sugerentes como esclarecedores, tales son El individuo y su traza donde analiza, entre otros temas, la importancia del uso del espejo y del retrato personal como artículos que confirman esa individualidad, que eventualmente promueven el uso de la fotografía y sus consecuencias como control policial a través de la cartilla.

Temas en apariencia banales, pero que quizá nos permiten definir los rasgos modernos de una sociedad. En México, por ejemplo, no es sino hasta hace muy poco que la credencial para votar incluye una fotografía, ¿podría detectarse un rasgo de atraso político, de premodernidad, en este hecho? El análisis de Corbin incluye también los temas de la cama individual o la masturbación³ como elementos resultantes de esta actitud de restricción.

Los temas tratados por Corbin en su ensayo son tan numerosos y fascinantes que resulta difícil siquiera tratar de elegir los que mejor pudiesen ilustrar las propuestas de este escrito. Sin embargo, el tema de la salud resulta especialmente interesante si lo relacionamos con el libro del mexicano Julio Guerrero titulado *La génesis del crimen en México*, escrito en 1901, el cual nos atreveríamos a considerar decimonónico por su

³ Acto al cual Corbin llama el placer solitario. Entre las posibles causas de su extensión como práctica solitaria encuentra "...el retraso de la edad para el matrimonio, la formación de verdaderos guetos de célibes en el corazón de las ciudades, la disminución de las formas tradicionales de sexualidad de espera en el ambiente rural, la proliferación de los internados masculinos, el progreso de la alcoba y el lecho individuales y la acentuación del terror inspirado por el riesgo venéreo...", aunque igualmente propone un placer transgresor en el hecho (1989, 155).

contenido y forma⁴ (1996). Los capítulos I y II, "La atmósfera" y "El Territorio" respectivamente, son un reflejo muy cercano de los conceptos expuestos por Corbin sobre la cenestesia:

...Inspirado por la persistencia de un neohipocratismo vulgarizado que subraya los efectos del aire, del agua y de la temperatura, el individuo acecha la influencia del tiempo y de la estación sobre la facilidad y el ritmo de la respiración, la intensidad del reumatismo o la estabilidad del humor...(1989, 141).

Por su parte Julio Guerrero, positivista mexicano, dio a los aspectos geográficos una importancia fundamental en la determinación del carácter del mexicano de la meseta central, incluida por supuesto su violencia. Para Guerrero la altitud de la meseta, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, y la larga estación seca, contrastada por otra húmeda, hacen que el habitante de esta región prefiera una vida monacal de encierro.

Aunque la angustia existencial y la añoranza por el pasado también tienen un lado positivo, el carácter moderno de estas actitudes se desprende del hecho de que, de alguna manera, reflejan un grado mayor de educación en la población debido al desarrollo de los medios de comunicación, y su mayor accesibilidad. Un ejemplo interesante de esto es la proliferación de los diarios íntimos,⁵ que no sólo son otra muestra de restricción e interioridad, sino que también prueban que una buena parte de la población lee y escribe y, por lo tanto, tiene una visión del mundo más amplia.

Otros aspectos interesantes del individualismo del siglo XIX son los elaborados por Richard Senté (1994). El se interesa de manera muy especial en señalar la relación entre la historia de diversos periodos y los cambios y relaciones de esta historia en el comportamiento fisiológico del individuo. Por ejemplo, en su capítulo "Cuerpos en movimiento", nos relata el desarrollo del asiento desde la antigüedad hasta el siglo XIX, y sobre este último periodo nos dice:

⁴ La importancia de este libro en la historia urbana de México queda claramente expuesta en el ensayo *Julio Guerrero: la ciudad como problema de conocimiento*, de Ariel Rodríguez Kuri, presentada en el Symposium on "New Perspectives on Mexico City in the Nineteenth Century". Brandeis University, 1997.

⁵ Peter Gay construye un estudio, de carácter psicoanalítico, muy completo sobre la sexualidad femenina a partir de un cuidadoso análisis de los diarios íntimos de la norteamericana Mabel Todd (Gay, 1984, 69-101).

Las sillas del siglo XIX cambiaron sutil pero poderosamente esta experiencia de sentarse llanamente gracias a las innovaciones introducidas en la tapicería. Hacia 1830, los fabricantes de sillas colocaron muelles debajo de los asientos y en los respaldos. Sobre los muelles pusieron gruesos almohadillados, empleando crines de caballos plegadas a la lana cardada que se obtenía con las nuevas máquinas de hilar (...) En todas estas sillas "confortables" el cuerpo se hundía en la estructura envolvente y tenía dificultades para moverse. Con el avance de los procesos de fabricación en masa, particularmente con el tejido mecánico de cojines, las sillas quedaron al alcance de un público amplio (...), esas sillas implicaban un tipo de postura que, según el historiador Sigfried Giedion, "se basaba en la relajación (...) en una actitud libre y natural que no puede describirse como estar sentado ni como estar tumbado" en comparación con otras épocas (...) (por lo tanto) En el siglo XIX sentarse implicaba un ritual de relajación, pues el cuerpo se hundía en la silla tapizada y quedaba inmovilizado (1994, 362-363).

Sennet hace otras interesantes observaciones de este tipo que, para los fines de esta sección, resultaría muy extenso citar. En cambio, es más importante señalar que el autor hace, además, una tercera relación llevando sus observaciones hacia la arquitectura y lo urbano, aunque preferimos abundar sobre esta relación en la siguiente sección.

Otro rasgo interesante para esta época, que no era totalmente nuevo, fue la actitud cotidiana de perseguir lo moderno. En este periodo, esta actitud produjo en el comportamiento del individuo un estado de movilidad, casi frenética, que se manifestaba ante muchas instancias: la moda, la religión, la salud, el cambio *per se*. La gente se pensaba y quería ser moderna, o al menos aspiraba a ello. Pareciera que esta característica permanece aún en el ánimo de las personas y es apoyada por el consumo masivo, que también hizo su aparición en aquel periodo, y que desde entonces sólo se ha intensificado.

Como parte final de esta sección, hacemos un rápido análisis del cuadro *En la estación*, de Édouard Manet (1832-1874). Descubrimos que, vistos desde el ambiente de angustia existencial imperante en el siglo pasado, los retratos de este artista, con sus personajes en situaciones cotidianas y con semblante adusto y extraviado, reflejan en gran medida lo citado sobre la individualidad y la restricción. Sin abundar sobre el trabajo de este pintor y su intensa relación con los valores del siglo XIX, observamos *En la estación* a una mujer ¿una institutriz? en actitud sedente, con un libro en sus manos y una mascota en su regazo, al lado de ella una niña elegantemente vestida que, de

espaldas al espectador, mira a través de una reja un tren, representado por una nube de vapor. Esta escena simple, aunque cotidiana sería un mejor calificativo, está cargada de significados interesantes. Podríamos señalar tres rasgos de modernidad importantes: primero, el tren o mejor dicho la nube de vapor como representante indiscutible de la movilidad o la técnica, en cierta medida anuncio de la futura estética de la máquina; segundo, el libro, la lectura y la mascota como alusión a la individualidad, la educación y la restricción; y tercero, la reja de hierro fundido como novísimo material de época que puede, como en este caso, separar espacios permitiendo, a la vez, una transparencia y brindar seguridad o restricción.

Se podría señalar igualmente la maestría e innovación de la técnica pictórica, la elegante paleta o bien el ambiente de luminosidad y movimiento logrado, pero quizá lo más importante es que todos estos factores reunidos hacen sentir en el espectador el estado de ánimo reflexivo y grave de los personajes que, en el caso de *En la estación*, están fuertemente expresados en el rostro de la mujer que, sin estar ubicado en el centro es, finalmente, el punto focal del cuadro.

LA URBE

Si tomamos como cierta la frase de Octavio Paz que afirma que la arquitectura es el testigo insobornable de la historia, proponemos para esta sección los conceptos de restricción y movilidad en relación con la urbe del siglo XIX.

Si aceptamos la movilidad como el concepto que representa lo social y la restricción como una reacción individual, como anteriormente propusimos, podríamos retomar ahora esta relación y extenderla para enfrentar lo concerniente a la ciudad con la movilidad, y a la arquitectura con el fenómeno de restricción. Proponemos lo anterior teniendo en cuenta que ciudad y arquitectura representan un mismo fenómeno a una escala distinta, aunque en su análisis encontramos algunas particularidades.

Respecto a la primera relación, ciudad y movimiento, tenemos que durante el siglo XIX el fenómeno de la comunicación se vio fuertemente desarrollado. Los transportes, el telégrafo y la difusión del libro y del periódico no sólo crearon un mayor movimiento, sino que lo intensificaron notablemente. Esto tuvo muchas consecuencias materiales en la ciudad. Por una parte el transporte propició que la ciudad creciera enormemente, al hacer posible la rápida circulación entre un lugar y otro. Por otra parte, tanto el ferrocarril como los carruajes, en un principio, como el tren metropolitano y el automóvil más tarde, impusieron serios cambios en la estructura viaria de las ciudades. Las nuevas grandes avenidas y otro tipo de infraestructura: puentes, túneles, canales, vías férreas y otros seccionaron arbitrariamente el tejido urbano de muchas ciudades, el cual hasta entonces había crecido con mayor organicidad y armonía. Desde entonces, la planeación



En la estación. Édouard Manet, Óleo sobre lienzo, 93 x 112 cm; firmado y fechado en 1873. Imagen tomada de Maestros de la pintura, núm. 16, Anesa, Noguer, Rozzoli.

urbana, cuando existe, ha dado prioridad al transporte sobre el individuo produciendo, entre otras consecuencias, las megalópolis que favorecen la reclusión en sus aspectos negativos, deshumanizantes.

Durante el siglo XIX las reformas urbanas realizadas por el barón Haussmann sobre el viejo París fueron un paradigma del fenómeno de la movilidad y la urbe. Más adelante abundaremos sobre París y otras dos ciudades del siglo XIX sobresalientes en estos aspectos, Londres y San Petersburgo.

La segunda relación, restricción y arquitectura, se dio de una manera más sutil. Durante el siglo XIX se hizo más intensa la diferencia entre espacio público y espacio privado. Es probable que esta diferencia haya existido anteriormente, sin embargo, la necesidad de un espacio privado durante esta época fue la respuesta a ese sentimiento de restricción antes revisado. Lo privado, entonces, se convirtió en una necesidad de muchos, y su repercusión material se dio al interior de la casa, del hogar. Durante el siglo XIX, sobre todo en su parte final, surgen varios adelantos de carácter técnico que repercuten en la arquitectura doméstica: el agua corriente, la calefacción, la luz eléctrica y el baño, este último como representante de una nueva preocupación por la higiene. Pero es en el salón y la recámara, que hasta hace muy poco no tenían una gran diferencia, y sobre todo en su decoración, que se manifestó esta preocupación por lo privado, y donde se procuró hacer de ellos espacios restringidos y propios.

Walter Benjamin hace una relación directa de este fenómeno en la cuarta sección de su escrito *París, capital del siglo XIX*:

Bajo Luis Felipe el hombre privado pisa el escenario histórico (...) El ámbito en que vive se contrapone por primera vez para el hombre privado al lugar de trabajo. El primero se constituye en el interior. La oficina es su complemento. El hombre privado, realista en la oficina, exige del interior que le mantenga en sus ilusiones. Esta necesidad es tanto más acuciante cuanto que ni piensa extender sus reflexiones mercantiles a las sociales. Reprime ambas al configurar su entorno privado. Y así resultan las fantasmagorías del interior. Para el hombre privado el interior representa el universo, reúne en él la lejanía y el pasado. Su salón es una platea en el teatro del mundo (1980, 181-182).

En esa misma sección encontramos las siguientes palabras de Benjamin respecto a la decoración:

El interior no sólo es el universo del hombre privado, sino que también es su estuche. Habitar es dejar huellas. El interior las



El cuarto del Conde Morny, París, Louvre. Óleo sobre lienzo, 40x33 cm, 1831-1832. Imagen tomada de Time Incorporated, Nueva York, 1966, 109.

acentúa. Se imaginan en gran cantidad fundas y cobertores, forros y estuches en los que se imprimen las huellas de los objetos de uso diario (1980, 183).

Al observar la imagen que preside esta sección (se trata del cuadro realizado por Delacroix del *Cuarto del Conde de Morny*), notamos esta peculiar forma de crear una atmósfera particular basada en hacer del cuarto una especie de tienda de campaña que ilustra con claridad lo arriba señalado. A pesar de que existe una cierta concentración de objetos en el cuarto de este conde, años más tarde se agudizó esta concentración de cosas, junto con la proliferación aún mayor de cortinajes.

Antes de continuar con una breve descripción de los cambios urbanos ocurridos

en tres urbes emblemáticas siglo XIX, sería conveniente mencionar nuevamente las observaciones realizadas por Richard Sennet en su libro *Carne y piedra* en relación con los conceptos de movimiento y restricción. Sin utilizar propiamente estas palabras, el autor dedica la tercera parte de su obra a exponer una interesante teoría entre diversos hechos históricos urbanos, a partir de la gradual percepción y conocimiento que ha tenido el individuo de su propio cuerpo.

Propone, por ejemplo, que desde el descubrimiento de la circulación sanguínea hecho por Harvey en 1628, se inició una revolución científica que apuntaló en gran medida la actitud individualista que se afirmó durante el siglo XIX, y que a la postre llevó a considerar a la ciudad como un ente que necesita de arterias y sanidad para desa-

rollarse. O vincular el triunfo de la codicia con sus efectos en la economía de mercado, sobre otra basada en la virtud cristiana de la caridad y el altruismo. Podría considerarse a las teorías de Sennet como audaces y forzadas, pero a nuestro juicio su aproximación a los fenómenos urbanos vistos desde el cuerpo resultan sumamente sugerentes y novedosas. Esto resulta cierto si se considera, por ejemplo, su interpretación del comportamiento de masas y los espacios urbanos del París posrevolucionario (Sennet, 1994, 325-337).

PARÍS

Para muchos, París representa la gran capital mundial del siglo XIX. Urbanísticamente, durante este periodo se realizó una gran reforma en dicha ciudad, misma que, en lo sucesivo, sirvió de modelo para que otras muchas ciudades crecieran. Nos referimos a la inserción de los grandes bulevares haussmannianos que seccionaron, pero también unieron, muchos barrios del viejo París. Sobre estas obras se han hecho gran cantidad de estudios. Algunos autores las han evaluado desde la perspectiva política o militar: los bulevares como vías de movilidad para el ejército que controlaría a la muchedumbre; otros las consideran las vías modernas por excelencia por donde fluyen mercancías, coches e individuos, permitiendo el despegue de la economía. También podrían mencionarse los atributos artísticos logrados con estas obras, pues junto con los bulevares se dio una fiebre constructiva que complementó la unión de los principales monumentos y plazas, dando a París una gran unidad, sobre la cual la ciudad continuó creciendo y la hizo una de las ciudades más hermosas del planeta.

SAN PETERSBURGO

Un hecho que hace moderna a esta ciudad báltica fue la forma en la que se concibió. De acuerdo con Marshall Berman (1982, 174-300), el esfuerzo titánico que representó la edificación de semejante ciudad monumental, en medio de condiciones naturales tan adversas y a un costo humano y económico colosales, se debió al carácter fáustico del zar Pedro I, al querer crear una ciudad que sirviera de detonante para la entrada rusa a la modernidad. Independientemente de haberse logrado tal objetivo, Berman destaca la trascendencia de la fundación de la ciudad

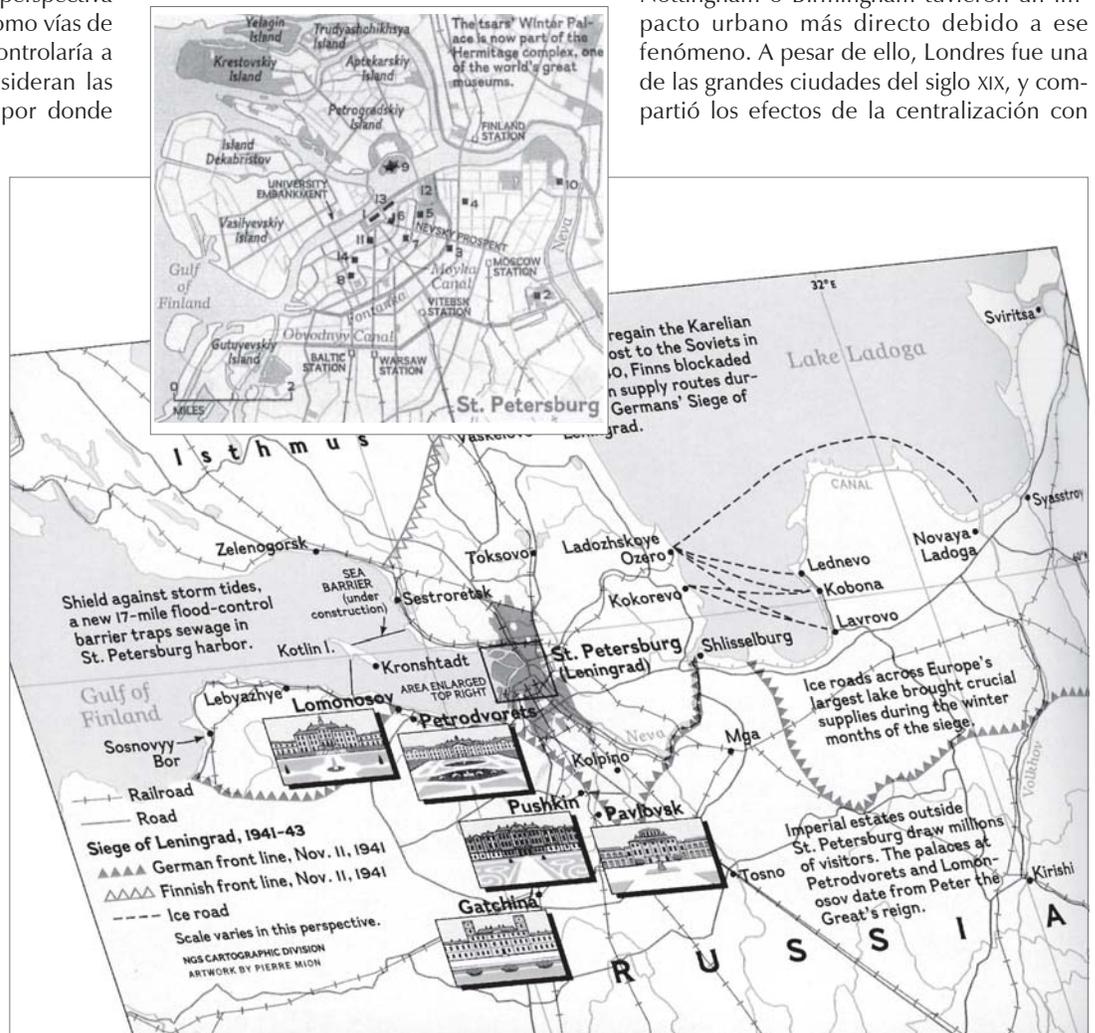


Arco del Triunfo, perspectiva de la avenida de los Campos Elíseos en París.

para la economía y la cultura rusas. Por ejemplo, dedica densas páginas a examinar la influencia que tuvo la transformación de la avenida Nevsky en la literatura del siglo XIX. Este espacio urbano sirvió como escenario simbólico para autores de la talla de Pushkin, Gogol o Dostoievski, quienes junto con otros artistas fraguaron un movimiento modernista que, efectivamente, produjo una vanguardia artística. Un diseñador sobresaliente de este movimiento fue Alexander Rodchenko. Pero lo que queda menos valorado en los estudios de Berman sobre San Petersburgo es su monumentalidad y calidad urbanas como un todo. Nevsky Prospect es sólo una parte de un increíble tejido de plazas, canales, avenidas y grandes edificios.

LONDRES

Es bien conocida la importancia que tiene Inglaterra como cuna de la industrialización, característica imprescindible de la modernidad. Sin embargo, su capital, Londres, no fue sólo un gran centro industrial. De hecho, ciudades menores como Manchester, Nottingham o Birmingham tuvieron un impacto urbano más directo debido a ese fenómeno. A pesar de ello, Londres fue una de las grandes ciudades del siglo XIX, y compartió los efectos de la centralización con



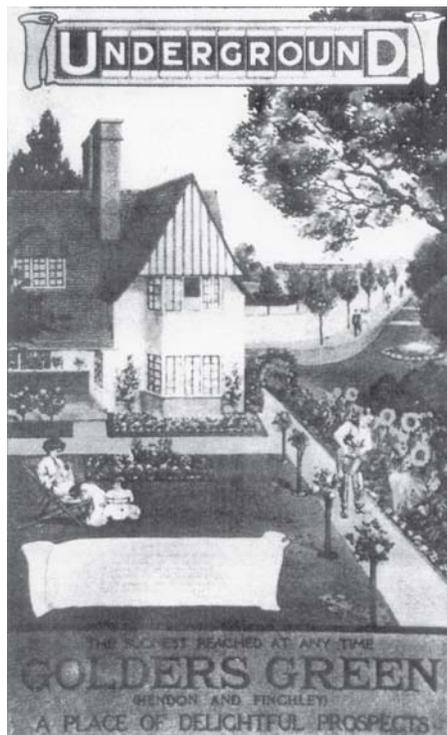
Planos de Leningrado. Imagen tomada de National Geographic. 184 (6):96.

otras capitales, aunque de manera distinta. Los particulares aspectos políticos y culturales ingleses como la monarquía parlamentaria, han influido en convertir a Londres en una enorme ciudad, no con uno, sino con muchos centros. Esta característica se debe a la gran infraestructura urbana que se realizó durante el siglo XIX, y que no sólo incluyó grandes calles y desagües, sino también instituciones como hospitales y grandes museos. Pero sobre todo, desarrolló el tren metropolitano asociado a la vivienda en el suburbio. Las interminables hileras de pequeñas casas particulares con su jardín, que desde entonces incrementaron el tamaño de Londres, han sido un fenómeno que ha influido en gran medida para dar forma, para bien y para mal, a muchas ciudades. Vemos así una consecuencia urbana de la necesidad de individualidad.

CONCLUSIONES

Algunas conclusiones que podemos inferir de lo expuesto son las siguientes:

1. Los cambios económicos, culturales y científicos ocurridos en los países occidentales más industrializados del siglo XIX fueron tan intensos cualitativa y cuantitativamente que crearon un trasfondo cultural de movimiento y restricción que podríamos asociar como características de modernidad.
2. El fenómeno de movimiento continuo que se manifestó en el ritmo de las grandes ciudades, a la par de la vida apresurada de sus habitantes, fue un resultado tanto de la economía de mercado que demandaba eficacia y el máximo aprovechamiento del tiempo, como del hecho de poder llevar tal ritmo gracias a las posibilidades que brindaban los nuevos medios de comunicación.
3. En el ámbito del comportamiento personal, los habitantes en ese periodo experimentaron un sentimiento de restricción frente a ese mundo rápidamente cambiante y violento, que produjo angustia y se manifestó con añoranza nostálgica –de un pasado mejor– y propició la introspección personal. El sentimiento de individualidad, con sus secuelas de privacidad e intimidad, hizo su aparición.
4. La vida cotidiana buscó satisfacer esta necesidad de restricción e individualidad, sus respuestas las podemos detectar en detalles que hoy en día nos parecen normales, tales como el uso intensivo de espejos en casa, los diarios íntimos, la adopción de mascotas, entre otras, pero que en aquel periodo eran novedosos. Aún el mobiliario se adaptó a esta necesidad individual y restrictiva, como lo hicimos notar en relación con los sillones.



Golders Green. Anuncio publicitario, c. 1900
Foto: Richard Tobias

5. La reclusión y la individualidad se reflejaron al interior de la vivienda con la creación del salón, espacio más personal que público que presentaba una decoración recargada, en la que abundaban los objetos –cuadros, floreros, muebles– junto con elaborados cortinajes. Todos estos elementos acentuaban el ambiente íntimo, recluso. Otro espacio que se desarrolló al final del siglo XIX fue el baño, éste relacionado también con una nueva consideración sobre la higiene.
 6. En las urbes del momento surgieron las grandes avenidas y otro tipo de infraestructura pública, que permitieron y aceleraron el movimiento de vehículos y personas, sobre todo el tren metropolitano, en parte como efecto de la economía de mercado. En la fisonomía de estas urbes, que crecieron en este periodo lo suficiente para ser catalogadas como tales, surgieron nuevas estructuras: chimeneas, naves industriales, imponentes estaciones de tren, largas vías férreas, lo mismo que grandes edificios públicos de asistencia y administración. A pesar de que la producción en masa permitió el acceso al consumo de grandes sectores de la población, las desigualdades sociales y la pobreza se incrementaron notablemente, produciendo grandes áreas marginales en las ciudades.
- Estos cambios urbanos se pueden ejemplificar, de diversas formas, en algunas ciudades en las que sucedieron por primera vez o con mayor intensidad tales transformaciones, lo

que las convierte en ciudades emblemáticas del periodo. Tres de ellas son:

París, en la que se realizó una reforma urbana a gran escala con la inserción de los famosos bulevares construidos por el Barón Haussman. Muchas ciudades siguieron estas reformas como modelo, sobre todo aquellas relacionadas con el mundo latino.

San Petersburgo, que fue una ciudad concebida y construida en una sola y colosal etapa, durante el primer periodo de la modernidad. De este ejemplo podemos deducir algunas implicaciones políticas y culturales: la ciudad creada como impulso fáustico del zar Pedro I, y sus repercusión en la formación de una conciencia política que eventualmente propició levantamientos revolucionarios, junto con una cultura artística de vanguardia, en este caso la del modernismo ruso.

Londres, en esta ciudad se desarrolló un sistema de trenes metropolitanos, junto con otro tipo de infraestructura pública, que se combinó con la casita suburbana individual, que fue el detonante de un enorme crecimiento de la mancha urbana.

Tenemos así que el escenario político, económico y social que presentó el siglo XIX dio paso a la modernidad, que se concretó específicamente en la fisonomía de las grandes ciudades, y cuyas repercusiones aún están vigentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Benevolo, Leonardo. 1992. *Orígenes del Urbanismo moderno*, Madrid, Celeste Ediciones.
- Benjamin, Walter. 1990. *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid, Taurus Humanidades.
- Berman, Marshall. 1988. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI.
- Corbin, Alain. 1989. "Entre bastidores", en *Historia de la vida privada. De la Revolución francesa a la primera Guerra Mundial*, Vol IV. Altea, Taurus, Alfaguara. Dirigida por Philippe Ariés y George Duby, volumen dirigido por Michelle Perrot.
- Gay, Peter. 1992. *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, Vol. I, *La educación de los sentidos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Guerrero, Julio. 1996. *La génesis del crimen en México*. Estudio de psiquiatría social, México, Conaculta.
- Sennet, Richard. 1997. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza Editorial.